

Renán Vega C.*

POSTMODERNISMO Y NEOLIBERALISMO:
LA CLONACIÓN IDEOLÓGICA DEL CAPITALISMO CONTEMPORANEO**

En la actualidad ha cobrado actualidad la palabra *donación* en razón del surgimiento de la industria de la reproducción de copias animales idénticas y de la terrible perspectiva de que ese engendro de la ciencia y la tecnología sea aplicado a la sociedad humana. Pero a nivel ideológico, el capitalismo desde hace algún tiempo ya había iniciado una forma particular de donación al reproducir dos gemelos, hermanados precisamente por su apología del capital y de la explotación y el rechazo a todo pensamiento emancipador: esos clones ideológicos se denominan postmodernismo y neoliberalismo. A ellos se refiere este artículo, que se ocupa de señalar los nexos de estos siameses ideológicos en su crítica a Marx y al marxismo.

1. El clon ideológico postmoderno

Hoy muchos intelectuales y seudointelectuales, antiguamente de “izquierda” (tales como Jean Baudrillard, Jean-François Lyotard y otros en Francia), que abiertamente o soterradamente consideran a Marx como “un perro muerto”. El resultado está a la vista, y no puede ser más lamentable. Desde el punto de vista teórico y analítico, los nuevos intelectuales se han plegado a las modas en curso, una de las cuales se presenta con el sonoro nombre de postmodernismo. Esto ha implicado, como obvia consecuencia, el abandono de cualquier perspectiva crítica al capital, al poder, a la dominación y a la explotación.

El postmodernismo al que hoy se adscriben los radicales de ayer, se presenta como una teoría que rechaza los análisis causales, que denuncia los grandes relatos como totalitarios, que niega la unidad interna de cualquier sistema - incluyendo al capitalismo, al que no nombra para nada en sus análisis. Para los postmodernos únicamente existen diferentes clases de poder, opresiones, identidades y discursos. No sólo rechazan las viejas “grandes narrativas”, junto con todo el proyecto de la modernidad, la perspectiva de un proyecto de emancipación e incluso la negación misma de la historia o de que los seres humanos puedan asumirla conscientemente.

* Profesor titular Universidad Pedagógica Nacional.

** Versión ligeramente modificada de parte de la presentación de: Renán Vega Cantor. (editor). *Marx y el siglo XXI. Una defensa de la historia y del Socialismo*, Ediciones Pensamiento Crítico. Bogotá, 1997.

Todas estas críticas, aparentemente profundas y bien elaboradas, sin embargo presentan una contradicción evidente: el postmodernismo se presenta como una teoría que expresaría un cambio histórico trascendental y sin embargo abiertamente se basa en la negación de la historia” (Meiksins Wood, 1995 p. 5-6). De la misma manera, el postmodernismo que niega la historia difunde un tipo especial de pesimismo político. Evidentemente, si no existe un sistema que pueda ser analizado causalmente ni comprendido en su totalidad por un gran relato -es decir no existe el capitalismo-, no es posible encontrar las raíces de la explotación y de la desigualdad y por ende no se puede pretender una lucha integral y unificadora contra la dominación del capital. Como, para los postmodernistas eso no existe, solo se pueden buscar y encontrar resistencias y luchas aisladas.

Lo paradójico de su pesimismo político radica en que, al mismo tiempo. está apoyado en una apreciación muy optimista sobre el funcionamiento del sistema capitalista, o más exactamente con las posibilidades que proporciona su prosperidad y la generalización del consumo de masas. Aquí, sin embargo, los postmodernos niegan la historia de una forma muy vulgar. Ellos parecen haberse quedado en el período de los treinta Gloriosos (1945-1975), cuando el capitalismo europeo y mundial conoció una edad de oro de auge y prosperidad, que se manifestó en las políticas del listado de Bienestar. el pleno empleo y el mejoramiento material de importantes sectores de la población en los países occidentales. Es a ese momento que se remite la adoración fetichista del postmodernismo por el capitalismo, como si la situación actual del mundo fuera idéntica y no hubiera cambiado sensiblemente en los últimos 20 años. Acaso, los postmodernos no han notado la manera como el desempleo crece como una mancha de aceite en Europa Occidental —en toda la Unión Europea se calcula que hay entre 35 y 40 millones de desempleados-, como resurge la pobreza y la miseria en las grandes capitales cosmopolitas de la Europa moderna y de Estados Unidos, como se incrementa el racismo y la intolerancia, como aumenta la desigualdad social y reaparecen formas de explotación de la fuerza de trabajo propias del siglo XIX (como sucede en Inglaterra, en Portugal, España, en el sur de Italia, en Estados Unidos respecto a la eliminación del salario mínimo, la prolongación de la jornada laboral a 15 o más horas. el trabajo infantil. etc.). el fundamental ahistoricismo de los postmodernos es tal que para ellos la edad de oro del capitalismo sigue existiendo en el día de hoy, y de manera impertérrita siguen considerando sus beneficios, pero no sus grandes contradicciones.

Adicionalmente, una tercera contradicción del postmodernismo consiste en que ellos denuncian los horrores que ha traído el proyecto de la modernidad, sin embargo se niegan a considerar los horrores que produce el capitalismo. Los postmodernos creen que la “economía de mercado” solo se puede juzgar desde el cómodo punto de vista de los pocos que se benefician del capitalismo y no de las grandes mayorías que sufren sus costos (Meiksins Wood. 1995, p.6-7). Por lo que concierne a Marx, el postmodernismo lo ha tomado como eje central de sus críticas. Marx es considerado como el producto más extremo de la modernidad, de la idea de progreso y del proyecto de emancipación. Aunque en esa crítica también involucran al liberalismo, su consideración al respecto es tan tangencial que

prácticamente lo soslayan. En verdad su crítica en el fondo está dirigida contra Marx y el Marxismo. Lo que se ataca en Marx, con el pretexto de atacar los grandes relatos, el análisis de la totalidad, la consideración de la causalidad, en última y definitiva instancia es su crítica del capitalismo.

Por eso no es de extrañar que, otra vez en forma paradójica, el postmodernismo pretenda hacer invisible al capitalismo, en el momento en que éste se ha mundializado y sus horrores y miserias son más evidentes a los ojos de todo el mundo. El postmodernismo ha contribuido a ocultar el capitalismo y a dar razones a todos aquellos que consideran que la crítica de capitalismo ya no es legítima ni tiene razón de ser. En este sentido, el postmodernismo se ha convertido en un poderoso instrumento ideológico. cuyo objetivo final es bloquear cualquier intento de pensar contra el capital. Como bien lo dice Ellen Meiksins Wood, estamos en una situación sin precedentes en la historia del capitalismo, en la que no solamente se nota un déficit en la acción y la lucha contra la dominación del capital, sino lo que es peor hay un notable déficit en el pensamiento: “no es únicamente que no sepamos como actuar contra el capitalismo sino que *estamos olvidando incluso como pensar contra el capitalismo*” (Meiksins Wood, 1995, p.11, subrayado nuestro). Por eso, la mejor manera de combatir el postmodernismo es revitalizar el espíritu crítico de Karl Marx.

El postmodernismo se caracteriza, entonces, por su “amnesia histórica” no sólo en lo que respecta a la situación actual del “capitalismo realmente existente” que poco se parece a la visión idílica que de él nos presentan los postmodernos, como de la historia de las luchas sociales y políticas por la emancipación que han sido desarrolladas por el movimiento obrero y socialista desde finales del siglo XIX. Así, algunos de los más caracterizados postmodernistas - a la cabeza de los cuales se encuentra el exmarxista Jean François Lyotard, animador en la década de 1960 de un grupo denominado *socialismo o Barbarie*, del cual, por lo visto, se quedo con la barbarie capitalista- consideran que las luchas impulsadas bajo ha óptica marxista han oscurecido las luchas de las mujeres, de los negros y de las minorías étnicas. Esta crítica oculta un hecho sustancial, que las luchas de las organizaciones socialistas y marxistas han sido combatidas, destruidas, cuando no aniquiladas a sangre y fuego por el sistema capitalista a nivel mundial. Al respecto se podrían citar innumerables ejemplos, pero no es la ocasión para hacerlo.

Por fortuna, el postmodernismo difícilmente podrá convertirse en una corriente de trascendencia a nivel de grandes grupos de población por su muy caracterizado hiperintelectualismo, con sus codificadas jergas, insoportables e indescifrables para el común de los mortales. Porque es evidente que cuando la lucha política es reducida a abstracciones basadas en el lenguaje y en los juegos de palabras, no hay manera de identificar al sistema contra el cual la población debe luchar o contra el cual los agentes revolucionarios pueden conducir tales luchas. Ese nuevo lenguaje, que se autodeleita complacientemente en una forma narcisista con sus propias construcciones lingüísticas, poco contribuye al esdarecimiento de los problemas del mundo contemporáneo, y, lo que es peor aún, introduce un vocabulario y unas formas de análisis que oscurece

considerablemente el entendimiento de la realidad más que lo que revelan o ayudan a esclarecer (Nugent, 1995 p. 124). Así, ya no se habla de capitalismo sino de “economía de mercado”, ya no existen contradicciones sociales ni clasistas sino “consensos” y nuevos “pactos sociales”, la democracia ha sido reducida al parlamentarismo y al ritual electoral, la realidad no existe pues solo existen construcciones y símbolos lingüísticos.

Entre paréntesis podemos colocar como ejemplo, muy revelador sobre las “virtudes” del postmodernismo, un hecho que le aconteció a Noam Chomsky. Este efectuó un viaje a Egipto a mediados de 1993 para dictar algunas conferencias sobre el nuevo desorden mundial y la situación en Medio Oriente. En una de esas ocasiones, un postmodernista que se encontraba en el auditorio le pidió a Chomsky que dejará de hablar sobre la política de Estados Unidos con relación a la región, por que eso le parecía muy aburrido y vulgar, y que en cambio le “encantaría saber como los lingüistas van a proporcionar un nuevo paradigma de discurso sobre política internacional que suplante al discurso postestructuralista”. La situación no tendría nada de raro, si es que Chomsky no estuviera hablando en un país en el que la miseria, la violencia, las torturas y asesinatos se han acentuado terriblemente en los últimos años. Con razón, el propio Chomsky considera deprimente que, en medio de esa espantosa situación, la preocupación fundamental de los intelectuales sea la de “involucrarse en las últimas estupideces de la cultura parisina” y ocuparse de esos debates (Chomsky, 1995, p. 111—112).

Para el postmodernismo no pueden existir luchas integrales antisistémicas porque no existe ningún sistema, por eso todas las luchas son fragmentadas y móviles (Stabile, 1995, p. 97). En esta perspectiva, ningún tipo de lucha puede estar relacionada con el “esencialismo”, pues eso significa plegarse a los grandes relatos totalitarios: ni las mujeres pueden vincular su opresión y discriminación a ninguna forma de explotación de clase, ni los negros o determinado grupo étnico pueden relacionar el racismo con el capitalismo. Tanto estos, como cualquier manifestación de lucha social, solo son productos de identidades parciales que no tienen nada que ver con alguna causa estructural ni con un sistema de dominación total, pues como vimos ese sistema para los postmodernistas sencillamente no existe. Si una teoría, específicamente el marxismo, intentan explicar la opresión femenina o el racismo considerando los elementos estructurales propios del modo de producción capitalista, inmediatamente será acusado de “esencialista”, “universalista” “reductivo” y “totalizante” (Stabile, 1995, p. 99-100). Justamente, porque muchos de los movimientos identitarios no relacionan adecuadamente sus condiciones de opresión, discriminación y marginalidad con el sistema capitalista de opresión generalizada, es que han sido víctimas de una fácil cooptación por el mismo sistema, a lo que conscientemente contribuye el discurso postmoderno.

La defensa abstracta de los “derechos” -típica del postmodernismo-, sin contextualizarlos adecuadamente en un marco referencial de tipo histórico, político y económico, ha llevado a que muchos de los movimientos identitarios sirvan y fortalezcan los intereses de las clases dominantes. Por ejemplo, en el caso de la mujer, el materialismo histórico, ofrece la posibilidad analítica de vincular el entendimiento de la naturaleza explotadora del capitalismo con los mecanismos

específicos de opresión y discriminación que padecen las mujeres. Opresión y discriminación que no puede ser considerada igual —como hace cierto tipo de feminismo— para todo tipo de mujeres. No es igual la discriminación de una mujer de la burguesía que la que padece una mujer obrera negra en una fábrica de cualquier país del mundo. En vez de examinar la fragmentación de las identidades como una causa para celebrar, deberíamos tratar de entender como las identidades han sido transformadas por el capital en una mercancía de consumo y como el sistema capitalista ha actuado y continúa actuando contra la organización de políticas socialistas. “En lugar de una identidad que sirve únicamente a pequeños grupos contra otros en una eterna letanía de competición proclamada contra la opresión. Necesitamos un más convincente entendimiento de la naturaleza sistémica de la opresión. Necesitamos considerar el alcance de lo que representan las políticas de la identidad, no un cambio sino un producto del sistema, una manifestación de la segmentación del mercado y de la mercantilización de la identidad producida por la globalización del capital como un sistema mundial.

Lo que parecen ser estrategias de oposición pueden muy bien resultar ser síntomas de la opresión” (Stabile, 1995,p. 107).

Resulta particularmente chocante, el oportunismo y cinismo del que han dado muestras muchos intelectuales postmodernistas del Norte -y algunos de sus epígonos del Sur- cuando han intentado cooptar para sus intereses la lucha de los zapatistas en México, a la que han llegado a calificar como el “primer movimiento político postmoderno”¹. Los criterios en los que se basan los intelectuales postmodernos para intentar apropiarse del movimiento zapatista son: en primer lugar, la utilización del Internet y de otras tecnologías de comunicación por parte de los insurgentes, y principalmente del subcomandante Marcos; en segundo lugar, su manifestación expresa de que ellos no pretendían el poder sino la democracia, la libertad y la igualdad; y, en tercer lugar, la reivindicación étnica implícita en el levantamiento indígena que comenzó el primero de enero de 1994. Estas, supuestamente serían las características postmodernas del zapatismo, que son presentadas como antitéticas con todos los movimientos socialistas y étnicos anteriores a 1989. Sin embargo, es un atrevimiento político, una presunción teórica y una falta de modestia intelectual pretender que el postmodernismo y sus intelectuales pudieran originar un movimiento de tan vastas proporciones como el organizado en el sur de México. La misma esencia y realidad de dicho movimiento contradice su calificación de postmoderno por parte de las *vedettes* intelectuales del Norte (para una elaboración crítica de la presunción postmoderna de calificar al zapatismo como postmoderno, ver Nugent, 1995.p. 127).

¹ Ver, por ejemplo. Burbach, 1994,pp. 113-124. La calificación de los zapatistas como postmodernos aparece más descaradamente programada en *The Postmodernism Debate*, 1995. En este libro se consideran como postmodernos los comunicados del Ejército Zapatista de Liberación Nacional, del que al final se publica un ejemplo

No puede ser postmoderno un movimiento político que reivindica la historia de las luchas agrarias de México - ¿o es que acaso el nombre de zapatistas cayó del cielo y no tiene nada que ver con Emiliano Zapata y los agraristas de la Revolución mexicana?- cuando bien sabemos que si por algo se caracteriza el postmodernismo es por su amnesia histórica; no puede ser postmoderno un movimiento por el simple hecho que ha manejado hábilmente el internet, el fax, el vídeo, cuando esos instrumentos tecnológicos no están generalizados ni en México y mucho menos en el estado de Chiapas, el más pobre y abandonado por el México neoliberal. Si los revolucionarios han empleado la radio el teléfono, la prensa, o la televisión, desde cuando estos medios técnicos aparecieron, es apenas lógico que los revolucionarios quieran y puedan utilizar el Internet en la actualidad ¿Por qué debería dejarse el internet para uso exclusivo de los grandes conglomerados financieros o para el beneficio de las causas más innobles? Pretender que el zapatismo es postmoderno por su reivindicación de la identidad no deja de ser un despropósito, pues eso es desconocer la historia de más de 500 años de lucha de resistencia de las comunidades indígenas no sólo de México sino de todo el continente americano contra la dominación primero colonial y evangelizadora y después de las clases dominantes heredadas de esa dominación colonial.

La lucha de los zapatistas está -como lo testimonian sus comunicados y escritos, principalmente los del subcomandante Marcos- anclada en un elemento esencial, que el postmodernismo niega porque rechaza la historia; ese elemento se llama *memoria*, que en el caso de los zapatistas es una memoria telúrica vinculada a la sabiduría de los pueblos indios y a su particular historia y vínculos con el hombre y con la naturaleza. Finalmente, no puede ser postulado como postmoderno un movimiento que plantea abiertamente que no está interesado en tomarse el poder sino en democratizar la sociedad, cuando está es una reivindicación clásica del anarquismo de una parte, y, de otra, propia del tipo de democracia interna de las comunidades indias, en muchas de las cuales no existe ni ha existido Estado.

En síntesis, la calificación de postmoderno de un movimiento genuino de lucha y reivindicaciones populares, simplemente muestra a las claras las pretensiones esnobistas de unos intelectuales de academia que creen que sus abstrusos y enrevesados discursos, que además niegan la historia, la memoria, la realidad y el capitalismo, pueden originar un movimiento político revolucionario de alguna índole. No. Lo que el zapatismo ha puesto de presente, justamente es lo contrario, los resultados nefastos del neoliberalismo, del capitalismo y de la modernización autoritaria, como se ha ratificado con la actual situación del “milagro de México”, cuyo sueño de hacer parte del Primer Mundo se convirtió en la pesadilla de encontrarse otra vez, como siempre, en el cuarto o quinto mundo, mas endeudado y atrasado que antes.

Considerar al zapatismo como el primer movimiento político postmoderno resulta igual de cómico que la calificación que el *New York Times* hizo del crac financiero mexicano como la primera crisis económica postmoderna” (Thomas

Friedman, "New Mexico", *New York Times*, Marzo 15 de 1995, p. A17, citado en Nugent, 1995, p. 127). Una crisis tan postmoderna que presenta todas las características de las crisis típicas del capitalismo en un país periférico: un millón de nuevos desempleados en menos de un año, aumento de la miseria, pauperización de la clase media, incremento de la deuda externa de México en 50 mil millones de dólares, pérdida de la soberanía sobre importantes empresas y recursos naturales... ¡Tan "postmoderna" es la crisis del capitalismo salvaje mexicano como "postmoderna" ha sido la rebelión zapatista!. Ahora los intelectuales orgánicos del capitalismo para ocultar la naturaleza capitalista del sistema y las resistencias anticapitalistas, nos brindan de todo: desde crisis económicas postmodernas hasta luchas políticas postmodernas. ¡Qué más se le puede pedir al postmodernismo si al fin del al cabo su principal virtud es hacer crear símbolos lingüísticos que no tienen nada que ver con la realidad y que no poseen ningún referente concreto en el mundo material.

En definitiva, podemos concluir citando las palabras lacónicas, pero contundentes, de un autor norteamericano que, en un libro publicado en 1982 en el que se presentaban algunas de las diferencias existentes entre el marxismo y el postmodernismo, afirmaba: "Millones de personas han sido asesinadas porque eran marxistas, ninguna será asesinada porque él o ella sea un deconstructivista" (Michael Ryan, *Marxism and Deconstruction, A Critical Articulation*, Baltimore, MD: The Johns Hopkins University Press, 1982, p. 1. Citado en *Monthly Review*, 1996, p. 34.) Si nadie que se reclame como postmodernista o deconstructivista será ejecutado en ningún lugar del mundo por profesar esas ideas, sencillamente porque sus ideas no son anticapitalistas sino procapitalistas, es difícil pensar que los postmodernistas puedan organizar y dirigir un movimiento anticapitalista y antineoliberal como el levantamiento zapatista que comenzó en enero de 1994.

2. El clon ideológico neoliberal hoy predomina en el ambiente la sensación de la crisis absoluta de los paradigmas teóricos y, aunque la idea es presentada en plural, sin embargo la referencia se hace extensiva en forma exclusiva al marxismo. Por la crisis de los paradigmas se afirma que es característica del de las certezas, de los enunciados universales, de las verdades objetivas. La crisis de la que tanto se habla "no se extiende más allá de las facultades de filosofía y de algunos libros de moda que aspiran a agitar y embrollar sentimientos" (Hinkelammert, 1996, p. 236). Porque en la realidad diaria y cotidiana impera la más absoluta verdad y certeza en los enunciados del paradigma neoliberal, en la confianza absoluta en el mercado, en el culto desmedido de la ciencia y la tecnología. y en la creencia neoliberal de que el capitalismo efectivamente representa el fin de la historia.

Este nuevo paradigma, el que muy pocos discuten o contestan, se presenta como una verdad teológica que difunde una serie de presupuestos autoproducidos como verdades universales e irrefutables, tales como las virtudes redentoras del mercado, la competencia, el individualismo. Se pregona, igualmente, que las nuevas tecnologías productivas y de comunicación están produciendo una verdadera revolución en la vida humana que anticipan los ríos de

leche y de miel anunciados por los profetas, esta vez no los bíblicos, sino por los profetas del neoliberalismo. con Friedrich Von Hayek y Milton Friedman la cabeza. En el centro del paradigma de moda, se encuentra el mercado. Este nunca se pone en cuestión, cuando de hablar de la crisis de los paradigmas se trata. “feministas, ecólogos, postmodernos, teóricos del caos, y quienes se quiera: no se encuentra casi nadie que se enfrente a ese gran dogma de nuestro tiempo: el neoliberalismo con su política de globalización, sus ajustes estructurales y sus senilidades ideológicas y teológicas. Es en nombre de ese paradigma que se arroja en contra de todo ser pensante la tesis de la crisis de los paradigmas” ([Hinkelammert, 1996, p. 236-237).

Teniendo en cuenta este poder omnívoro y totalitario de un paradigma, el neoliberal, parece bien curioso hablar de la crisis de los paradigmas en general, cuando uno reina indiscutible, con sus nuevos dogmas, puesto que la “postmodernidad está preñada de neodogmatismos” (Guadarrama, 1994, p. 4). Es significativo que cuando en plena guerra fría la “ciencia” occidental pretendiera combatir la pretendida certeza del poder de la URSS se difundieran los criterios de la filosofía de la falibilidad, mientras que ahora que se trata de asegurar la victoria del paradigma neoliberal, este se haya convertido en una especie de *Diainat* de la burguesía. “Es comprensible que esta victoria absoluta de un paradigma produzca en los otros, en los distintos o quienes lo sufren, la sensación de una ausencia de certezas, un sentimiento de pérdida de paradigmas” (Hinkelammert, 1996, p. 237).

Al constatar el predominio aplastante el paradigma neoliberal no tiene importancia el afirmar -como hacen sus epígonos- que antes los otros paradigmas actuaron de la misma forma. Eso no arregla ni cambia en nada el problema del totalitarismo neoliberal y tampoco lo justifica. Una de las consecuencias que se extrae de la moda sobre la crisis de los paradigmas es que ya se han perdido los “criterios universalistas de actuar”. Lo característico de esta negación es que ella se hace desde una perspectiva que universalmente se ha impuesto y es el universalismo de los criterios del mercado. “Todo otro universalismo ha sido exitosamente marginado. No obstante este universalismo hoy dominante nos obliga a una respuesta. Esta respuesta de ninguna manera es posible si empezamos a creer, a la moda, que todos los universalismos han caído y que hoy existe esta pretendida pluralidad de racionalidades, interpretaciones, acciones y sentidos de vida. El mercado no sólo globaliza, también homogeneiza. Desde él, una sola racionalidad domina” (Hinkelammert, 1996, p. 239-240).

La universalización que postula el neoliberalismo reinante es abstracta porque, precisamente, todos los días nos habla de los beneficios que producen, hipotética y teóricamente, la mundialización del mercado, aunque los hechos cotidianos demuestren nítidamente que tal universalización solo beneficia a unos pocos, Los “sueños globales” que alientan las multinacionales, los ideólogos del marketing, los académicos que viven de simposio en simposio y de cóctel en cóctel, los economistas y asesores neoliberales de uno y otro continente...en realidad solo son sueños, porque en la dura y tozuda realidad se convierten en “pesadillas globales” (Barnet y Cavanag, 1995, p. 25) en estas condiciones es casi surrealista

que a nombre de un paradigma que se ha hecho universal a la brava, se hable de la crisis de los paradigmas y se combatan las propuestas universales del marxismo y de los proyectos emancipatorios.

Al respecto, hay que agregar que la tan alardeada crisis del marxismo, es ante todo una crisis de los intelectuales marxistas, en este sentido es un fracaso subjetivo, Esta crisis expresa la rendición incondicional ante el poder del capital transnacional, considerando ahora que cualquier transformación del capitalismo es imposible. Por eso, muchos de esos intelectuales han decidido “combatir” el mercado desde dentro, es decir aceptándolo como una condición indispensable y natural del hombre, aceptando las ayudas caritativas y dadivosas de la banca mundial y del sistema financiero, concentrándose en las acciones de la “sociedad civil”, y dedicándose a reivindicaciones puramente locales, que no trasciendan los marcos exigidos por las ONG’S y las ayudas “humanitarias”. En una palabra, los intelectuales exmarxistas han decidido aceptar la doctrina del “posibilismo”, es decir la “esperanza que vistiendo la moda de seda, se puede dar vida a un pacto social capitalista y humanista” (Petras y Vieux, 1994, p. 143). Se reivindica un capitalismo con rostro humano, cuando la mundialización del capital muestra los signos cadavéricos de la muerte, el verdadero rostro del capital.

Por supuesto que aunque la crisis del paradigma marxista esté asociada a la crisis de los intelectuales antaño marxistas, eso no significa que el marxismo no este enfrentado a una permanente crisis, que es una manifestación de su carácter histórico, y de su apertura teórica, Pero el marxismo conserva, pese a esas recurrentes crisis y a la necesidad de su revisión permanente, en concordancia con las transformaciones de la realidad y con la necesidad de estudiar realidades concretas, un elemento esencial que es su razón de ser fundamental: la crítica radical del modo de producción capitalista. Mientras exista el capitalismo existirá el marxismo, pues el segundo no se concibe sin la existencia del primero. Por todo ello, las afirmaciones triunfalistas sobre la muerte del marxismo tras el derrumbe del muro de Berlín y la desintegración de la URSS, no tienen mucho fundamento, si se tiene en cuenta, que la doctrina de Marx y de sus seguidores ha tenido como objetivo primordial el explicar y transformar el capitalismo. Una vez desaparecida la URSS, lo que se expande es justamente el capitalismo, que es el objeto central de las preocupaciones políticas, sociales y económicas de la obra de Marx.

Desde el punto de vista de la historia de las ideas, sin embargo, es pertinente aprender ciertas cosas del neoliberalismo. En primer lugar, no hay que tener miedo de estar contra la corriente ni ser minoritario a nivel de pensamiento. Al respecto es bueno recordar que cuando el neoliberalismo surgió, poco después que la teoría keynesiana se convirtió en la doctrina oficial del capitalismo mundial, los neoliberales eran un reducido grupo de economistas, arrinconados en unas cuantas universidades de Estados Unidos. Pese a eso, durante décadas esos economistas neoliberales combatieron la ortodoxia keynesiana.

En segundo lugar. los neoliberales se mostraron desde un comienzo intransigentes en sus principios, en sus ideas, jamás hicieron una concesión

fundamental a sus rivales, a pesar de que sus principios no fueran retomados por ningún político importante ni, antes de Chile en 1973, fueran aplicados por ningún gobierno. Desde este punto de vista, el neoliberalismo es radical e intransigente, no es por cierto ningún pensamiento “débil”. En tercer lugar, el neoliberalismo atacó aquellas instituciones erigidas de plena prosperidad capitalista, como el listado de Bienestar, que en su momento fueron consideradas como intocables e imperecederas; es decir, el neoliberalismo se atrevió a postular que ninguna institución por fuerte que parezca debe ser considerada como establecida por siempre (Anderson, 1996. p. 28-29).

Paradójicamente, en la actualidad el neoliberalismo que se ha convertido en ortodoxia de políticos, intelectuales, y de casi todos los gobiernos del mundo, incurre en las mismas prácticas que combatió cuando era minoritario: se considera como la verdad absoluta, y ha generado unas teorías, instituciones y formas de administrar y gobernar que proclama como eternas e inatacables. Teniendo en cuenta tanto la historia del neoliberalismo desde el ángulo de las ideas como su práctica actual de nueva ortodoxia, los socialistas y los revolucionarios tenemos mucho que aprender de ello. Hoy, que somos minoritarios, debemos mantener nuestras concepciones, sin tener miedo de que seamos calificados de retrógrados, dinosaurios o mil epítetos por el estilo. No debemos transigir en nuestras ideas sobre el carácter explotador e injusto del capitalismo. ni sobre los mecanismos bajo los cuales funciona este sistema. Y, finalmente, debemos denunciar sin aspavientos el carácter irracional y pasajero de la contrarrevolución neoliberal, cuyas concepciones, como las del keynesianismo, no duraran toda la vida. Eso sí debemos prepararnos, porque el neoliberalismo no es un enemigo fácil, por lo que la lucha será prolongada, y en principio se debe afrontar en el terreno de las ideas y el pensamiento. donde un marxismo revitalizado y no dogmático puede contribuir a esclarecer los problemas acuciantes de nuestro tiempo.

REFERENCIAS

1) Artículos

ANDERSON, Perry. “El despliegue del neoliberalismo y sus lecciones para la izquierda”, en *Pasos*, No. 66. Julio-agosto de 1996.

BURBACH, Roger. “Roots of the Postmodern Rebellion in Chiapas”. *New Left Review*, No. 205, 1994, pp. 113-124.

MEIKSINS WOOD, Ellen. “What is the ‘Postmodern’ Agenda? An Introduction”, *Monthly Review*. Julio-Agosto, 1995.

NUGENT, Daniel. “Northern Intellectuals and the EZLN”, *Monthly Review*, Julio-Agosto 1995, p. 124.

STABILE. Carol. "Postmodernism, Feminism, and Marx: Notes from the Abyss", *Monthly Review*, Julio-Agostode 1995

2) Libros

RARNET. Richard y CAVAN AG, John. *Sueños globales. Multinacionales y nuevo orden mundial*, Flor del Viento Ediciones, Barcelona, 1995.

CHOMSKY, Noam. *Mantener la chusma a raya*, Ed. Txalaparta. 'Tafalla, 1995.

GUADARRAMA, Pablo. *América Latina: Marxismo y Postmodernidad*. Universidad Central de las Villas, Santa Clara-Universidad Incca de Colombia, Bogotá, 1994.

HINKELAMMERT, Franz. *El mapa del Emperador Deteminismo, caos, sujeto*, Ed. DEI, San José, 1996.

PETRAS. James y VIEUX, Steve. *La Historia Temínable. Sobre democracia, mercado y revolución*, Ed. Txalaparta, Tafalla, 1994.

3) Volúmenes colectivos

The Postmodernism Debate in Latin America, Duke IJniversity Pres, Durham and London, 1995.

Monthly Review. Marzo de 1 996.

